

destia; hermosura la justicia; refrigerio la abstinencia; valor la castidad; pies la perseverancia y seguridad; estatura y grandeza la humildad; fausto y pompa la parsimonia.

P. Juan Eusebio Nieremberg.—Obras y días.)

ISMAEL *(parándose ante el retrato de la reina que está sobre la puerta.)*

Mas ¡cielos! ¿No es el retrato
Este de su madre? Sí,
No sin causa me acobarda
La traición que juzgo incierta,
Pues puso el Rey á su puerta
Su misma madre por guarda.
¡Vive Dios, que estoy temblando
De miralla, aunque pintada!
¿No parece que enojada
Muda me está amenazando?
¿No parece que en los ojos
Forja rayos enemigos,
Que amenazan mis castigos
Y autorizan sus enojos?

(Tirso de Molina.—La prudencia en la mujer.)

Yo no envidio vuestras alas
Pájaros de raudo vuelo
Que vais volando, volando,
Hácia mi nativo pueblo.
Si llegais presto vosotros,
He de llegar yo más presto,
Que para volar no hay alas
Como las del pensamiento.

(Antonio de Trueba.—Libro de las montañas.)

Pensamientos falsos.

Tembló la tierra y sudando exhaló fuera todo su humor de miedo.

(Cristóbal Suarez de Figueroa =La constante Amarillis.)

SANCHO. Estrella del alma mia,
¿Qué me has dicho? ¡Oh trance fuerte!
Lo que aun pensar no quería,
¡Qué verdad! ¡Que siempre acierte
Quien piensa una villanía!

Lope de Vega.—Sancho Ortiz de las Roelas.)

El orgullo mas bien fundarse debe
En no dejar que la ambición nos mande.
Ambicionar es propio de la plebe.

(Adelardo López de Ayala.—Un hombre de Estado.)

¡Tal es el hombre mejor!
En el que más ve y más sabe,
Montón de polvo, no cabe
Mas que falacia ó error.

(José Zorrilla.—La leyenda del Cid.)

Falsos y jocosos.

Tu nariz, con calidad,
Es por su naturaleza,
símbolo de la largueza,
Cifra de la inmensidad.
Primero que tú, Beatriz
Sale siempre de tu casa,
Y tan adelante pasa,
Que ya pasa de nariz,

(Jacinto Polo de Medina.—A una nariz muy grande.)

»

RANA. He reñido con cien hombres:
Los noventa y nueve huyeron,
Y éste con la zambullida
Uñas abajo le he muerto.

ALGUACIL. ¿Cómo si está vivo?

RANA. Habrá
Resucitado de miedo.

(P. Calderón de la Barca.—El desafío de Juan Rana.)

Antes de hacerle la caja,
A un muerto avaro midieron,
Y el tuno encogió las piernas
Para que costase ménos

(Vent.ª Ruiz Aguilera.—Cantares.)

LEDIA. ¿En qué estás pensando?

TIBURÓN. (¡Cuerno!)

¡Estoy pensando, mujer,
Que tu padre debe ser,
Hermano del Padre Eterno!

(Marcos Zapata.—El anillo de hierro.)

Pensamientos inverosímiles.

Este que á competir conmigo viene,
Toribio, es un pastor que cuando canta
Algún novillo pensarás que suene.
Triste ganado, á quien tal vez espanta,
Que es cual lobo que ahulla, su ruido,
Y él piensa que su canto nos encanta.

(Bernardo de Balbuena.—El siglo de oro.)

No fué paradoja sinó ignorancia, condenar
todo concepto; ni fué Aristarco sinó mónstruo, el
que satirizó la agudeza antípoda del ingenio cuya
mente debía ser el desierto del discurso.

(Baltasar Gracián.—Agudeza y arte de ingenio.)

LUCIANO. Su pelo es incendio bello
 Donde inmortal asegura,
 Al fénix de su hermosura
 El ambar de su cabello,
 Su frente, sin duda alguna
 Del cielo tomó y parece
 Que se logró su fortuna,
 Para que alumbre esta luna,
 Lo que el cabello anochece.

(Agustín Moreto—El poder de la amistad)

Pensamientos sólidos.

El que guarda su boca, guarda su alma.

(Proverbios—Cap. XIII.—Trad. del P. Scio)

Pues, alto Dios, dime ¿y qué extraño que Maria
 te ame mucho? Eres Tú fuente de amor eterno;
 eres principio medio y fin de toda hermosura;
 eres Tú el solo hermoso.

(Frañ Pedro Malón de Chaide.—Libro de la conversión de la Magdalena.)

Con quien ignora los daños
 Deja estar los altiveces;
 Porque los justos desprecios
 Nacen de soberbia siempre.

(José Iglesias de la Casa.—Romance.)

Mientras con más atención estudiemos los anales de aquella nación, más y más nos convenceremos de que el sentimiento religioso penetró, por decirlo así, hasta en las entrañas de la sociedad, dejando por todas partes estampado su sello. Rastread el origen de sus universidades y colegios, de sus escuelas y enseñanzas, de sus hospi-

tales y hospicios, y lo hallareis en el sentimiento religioso. Él abrió las puertas del saber, que tenía amuralladas la barbarie; él abrió asilos á la orfandad abandonada, á la pobreza desvalida, á la vejez débil y achacosa; hizo más, mil veces más que la decantada filosofía; ennobleció la caridad haciéndola bajar de los cielos.

(Francisco Martínez de la Rosa.—El sentimiento religioso.)

Pensamientos fútiles.

Es menester más ánimo para salvarse en Andalucía que en Castilla por la fertilidad y delicias de aquella tierra.

(Sta. Teresa de Jesús —Vida.)

Bonete lleva turquí,
 Derribado al lado izquierdo,
 Y sobre él tres plumas presas
 De un precioso camafeo,
 No quiso salir sin plumas,
 Porque vuelen sus deseos,
 Si quien le quita la tierra
 También no le quita el viento.

(Luis de Góngora.—Romance.)

Está la lengua en parte muy húmeda y fácilmente se desliza si no la contiene la prudencia.

(Diego Saavedra Fajardo.—Empresas políticas)

Pensamientos claros.

Solamente de dos cosas
 Non hay arrepentimiento;
 Tanto son en sí preciosas

Según mi entendimiento:
 La primera bien fazer,
 La segunda después desta,
 Tal ciencia aprender
 Que sea devota é honesta

(Fernán Pérez de Guzmán.—Coplas de bien vivir.)

Es tan grande la majestad de Dios y tan natural y arraigada en los ánimos de todos los hombres la reverencia y acatamiento que se le debe, que en todas las repúblicas, provincias y naciones del mundo, por bárbaras y ciegas que hayan sido, siempre se tuvo por el primero y más principal y necesario el negocio de la religión.

(P. Pedro de Rivadeneira.—El príncipe cristiano)

Pasáronse las flores del verano,
 El otoño pasó con sus racimos,
 Pasó el invierno con sus nieves cano;
 Las hojas que en las altas selvas vimos
 Cayeron, y nosotros á porfía
 En nuestro engaño inmóviles vivimos.

(Fernández Andrada.—Epístola moral.)

Este ejercicio y el de las academias de dibujo, que nunca faltaron y fueron siempre muy frecuentadas en Sevilla, conservaron allí por mucho tiempo las buenas máximas, dando cada día un nuevo esplendor á las artes.

(Gaspar M. de Jovellanos.—Discurso.)

Cuando las frescas galas
 De mi lozana juventud se lleve
 El veloz tiempo en sus potentes alas
 Y huyan mis dichas como el humo leve,

Serás aún mi sueño lisonjero,
Y veré hermoso tu favor primero.

(Gertrudis G. de Avellaneda.—A la poesía.)

Pensamientos oscuros y enigmáticos

¡Oh amor y para qué me quejo yo de tus sinrazones, pues más fuerza en ti la sinrazón tiene que la razón por donde no es justo quejarse de tí el que conoce en ti que no saliendo de tu naturaleza usas tu oficio.

(Feliciano de Silva.—D. Florisel de Niquea.)

¡Oh tú, que de venablos impedido,
Muros de abeto, almenas de diamante
Bates los montes que de nieve armados,
Gigantes de cristal, los teme el cielo;
Donde el cuerno del eco repetido,
Fieras te expone, que al teñido suelo
Muertas, pidiendo términos disformes,
Espumoso coral le dan al Tormes,
Arrima á un fresno el fresno, cuyo acero
Sangre sudando, en tiempo hará breve
Purpurear la nieve... ..

(Luis de Góngora.—S. ledades)

MOSQUITO. Pues vuélvotelo á explicar.
Él buscó á quien le buscaba;
Porque ella buscando vino,
Y buscando de camino,
Él buscó lo que allí estaba,
Y el pobre que los buscó,
No buscó duelos ajenos

D TELLO. Agora lo entiendo menos.

(Agustín Moreto.—El lindo D. Diego.)

Pensamientos profundos.

Quiere Dios que nuestros pensamientos para amarle y servirle sean animosos. Muchos se quedan al pié del monte, que podían subir á la cumbre si no fueran cobardes.

Es gran bien el tener grandes deseos aunque las obras no sean grandes.

(Sta. Teresa de Jesus --Conceptos del amor de Dios.)

Echado está por tierra el fundamento
Que mi vivir cansado sostenía
¡Oh, cuánto bien se acaba en solo un día!
¡Oh, cuántas esperanzas lleva el viento!

(Garcilaso de la Vega.—Soneto.)

¡Ay del que blasona de su virtud, que todo lo pierde por su locura!

No hay más segura guarda de lo bien hecho, que saberlo olvidar; ni más hidalga manera de dar que al que no se conoce ni se ha de ver otra vez.

(Fr. Juan Márquez.—Jerusalem espiritual.)

Yo me he asomado á las profundas simas
De la tierra y el cielo,
Y les he visto al fin ó con los ojos,
Ó con el pensamiento.
Mas ¡ay! de un corazón llegué al abismo,
Y me incliné por verlo,
Y mi alma y mis ojos se turbaron
¡Tan hondo era y tan negro!

(Gustavo A. Becquer.—Rimas.)

CONDESA. Ya me dice mi quebranto
 Que á cualquier mujer honrada,
 Un descuido, una mirada,
 Cuesta raudales de llanto.
 Ya sé también por mi mal,
 Que en las manos del traidor
 Libertino, hasta una flor
 Se convierte en un puñal.

(Adelardo L. de Ayala.—El tanto por ciento.)

Pensamientos naturales.

Aquí al sueño
 Te incitaron las hibleas abejas,
 Al libar con susurro delicioso
 Las flores de los sauces que dividen
 Tu campo del vecino; aquí á los aires
 Da el canto el podador so el alto risco,
 Y entretanto no cesan los arrullos
 De tus palomas; ni en el olmo excelso
 El gemir incesante de la tórtola.

(Virgilio—Egloga.—Trad. de B raibar)

Yo maestro Gonzalvo de Berceo nomnado
 Yendo en romería caeci en un prado
 Verde é bien sencido, de flores bien poblado,
 Logar cobdiciadnero para ome cansado.
 Daban olor sobeio las flores bien olientes,
 Refrescaban en ome las caras é las mientes,
 Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
 En verano bien frias, en yvierno calientes.

(Gonzalo de Berceo.—Milagros de Nuestra Señora.)

Los cielos, que, viendo padecer al Señor, se
 habian escurecido, por no ver á su Criador des-

nudo, esos agora parece que con singular claridad resplandecen, viendo como sale vencedor del sepulcro.

(Fr. Luis de Granada.—De la oración y meditación.)

Del monte en la ladera
 Por mi mano plantado tengo un huerto,
 Que con la primavera,
 De bella flor cubierto,
 Ya muestra en esperanza el fruto cierto.
 Y como codiciosa
 Por ver y acrecentar su hermosura,
 Desde la cumbre airosa
 Una fontana pura
 Hasta llegar corriendo se apresura.

(Fr. Luis de León.—La vida del campo.)

Y ya en esto se venia á más andar el alba alegre y risueña; las florecillas de los campos se descollaban y erguían, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blandas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que las esperaban; la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena; cada uno de por si y todos juntos daban manifiestas señales que el dia, que al alba venia pisando las faldas, habia de ser sereno y claro.

(Cervantes.—D. Quijote.)

Hallo tantas espinas
 En mi jornada,
 Que el corazón me duele,
 Me duele el alma!
 Si alguien lo duda,
 En mi frente está escrito

Con una arruga!
 Mas si Dios me da penas,
 Yo las bendigo
 Porque crecen las palmas
 Tras el martirio.. ..
 ¡Santa creencia!
 La madre que la infunde
 ¡Bendita sea!

(Antonio de Trueba.—Libro de los cantares.)

Afectación y exageración.

Formados escuadrones le presenten
 Al enemigo la batalla, y talen
 El campo todo donde están las naves
 Y la caballería entonces trote
 Por el inmenso globo de la luna.
 Mis entrañas son fuego del infierno,
 El vino es el amor de nuestras bodas,
 La dulce copa ya no es copa, es capa
 Es-cápa-se del alma y del infierno
 Y del fuego y del amor y de la boda.

(Cristóbal de Virués.—Atila.)

Acrecentaba Apolo á rayos rojos
 Grados de fuego que abrasando aprisa,
 Se le dan á la dama, y él todo ojos
 Lo que en Dafne no pudo aquí divisa:
 Despoja ropas del amor despojos,
 Hasta el lino sùtil (sino camisa)
 Velo que corre á imagen cristalina
 El viento sumiller de su cortina.

(Tirso de Molina.—Pintar contra su gusto.)

Mas Él, no pasando en ninguno de ellos, ni

en alguno de los cielos celebrados por los poetas, no en el etéreo, ni en el aéreo, ni en el Olimpo, mas arriba se sube y aún no le contenta el cerco de la luna, ni la esfera de Mercurio, ni el globo del sol, ni el fuego de Júpiter, ni el carro de Venus, ni Saturno; ni se paga del primer móvil el que ya no viene sujeto á tiempo ni movimiento.

(Fr. Pedro de Valderrama.—Ejercicios espirituales.)

¡Qué palabras tan dulces! Por Dios vivo,
Que el sol de aquella boca de claveles
La nieve de las canas me derrite.

(Lope de Vega.—La discreta enamorada.)

Pensamientos ingeniosos.

Flérida para mí dulce y sabrosa
Más que la fruta del cercado ageno...

(Garcilaso de la Vega.—Egloga.)

Yo confío que Cristo da excelencia
Al matrimonio santo, y que le aprueba;
Que Dios siempre aprobó la penitencia.

(Francisco de Quevedo.—Sátira.)

Vinieron la verdad y la justicia á la tierra, la una no halló comodidad por desnuda, ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo así, hasta que la verdad de puro necesitada, asentó con un mudo.

(El mismo.—El alguacil alguacilado.)

Un hombre que no es economista, cuando la ciencia llenando de luz la oscuridad de los bolsillos vacíos ha establecido el medio seguro de que

nadie salga del deber abriendo por medio del crédito la facilidad de no pagar nunca, ¿qué especie de hombre puede ser ese?

(J. Selgas.—Delicias del nuevo paraíso.)

Al siglo actual increpando
Estuvo más de una hora,
Mientras la locomotora
Le contestaba.....silvando.

(P.^o del Castillo.—Cuestión de temperamento.)

Pensamientos sùtiles.

Ya ninfa no te sigo
Sinó con sola el alma enamorada,
El alma llevas, y no más, contigo
Modera la violencia acelerada
O si ya, el peso rehusar pretendes
Déjame el alma y huye descansada

(Juan de Jáuregui.—Silva.)

Halléle solo con un hombre que atadas las manos y suelta la lengua descompuestamente daba voces con frenéticos movimientos ¿«Qué es esto?» le pregunté espantado. Respondióme al punto: Un hombre endemoniado.» Y el espíritu respondió: «No es hombre, sinó alguacil. Mirad como hablais que en la pregunta del uno y en la respuesta del otro sé que sabeis poco. Y se ha de advertir que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y de mala gana, por lo cual si quereis acertarme, debeis llamarme á mi demonio enaguacilado, y no á este alguacil endemoniado, y aveniros mejor los hombres con nosotros que con ellos, si bien nuestra cárcel es peor, nuestro agarro perdurable.

(Franc.^o de Quevedo.—El alguacil alguacilado.)

¿Vive el hombre ó muere el hombre?
 Pues que ninguno ha sabido
 Si vive ó muere, porque
 Todo se hace de un camino.
 ¿Qué más ejemplo que yo
 A este letargo rendido;
 Pues vivo al tiempo que muero
 Y muero al tiempo que vivo?

(P. Calderon. — Romance.)

Señora, hasta aquí queria
 Embozar la menor seña
 De mí, que reviento enigma;
 En mí propio, de mí propio
 Las señales se complican.
 Cuantas me habeis permitido
 Cortesanas bazarías
 Llegaron hasta lograr
 Que vuestros ojos admitan
 El ver en estos matices
 Las verdades coloridas
 Por una pasión; que imprime
 Mejor que un pincel que pinta.

(José de Cañizares. — El pícarillo en España.)

Pensamientos finos.

Es bien que aquesto miredes
 Y que esa gente ruín
 Non se atreva á facer tal
 Sabiendo que sois el Cid,
 Pues no faltarán salida
 Para poderse eximir
 ¡Si es bien que aquesto sintades
 Harto os he dicho, sentid!

(Rom. del Cid.)

No soy, pues, bien mirado
 Tan disforme ni feo;
 Que aun agora me veo
 En esta agua que corre clara y pura,
 Y cierto no trocará mi figura
 Con ese que de mí se está riendo;
 Trocará mi ventura,
 Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

(Garcilaso de la Vega.—Egloga.)

Entonces Sabino sacando del seno un papel escrito y no muy grande: «Aquí, dice, está mi deseo y mi esperanza.»

Marcelo que reconoció luego el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo vuelto á Sabino y riéndose:

—No os atormentará mucho el deseo á lo ménos, Sabino, pues tan en la mano teneis la esperanza; ni aun deben ser ni lo uno ni lo otro muy ricos pues se encierran en tan pequeño papel.

—Si fueren pobres, dijo Sabino, ménos causa tendreis para no satisfacerme en una cosa tan pobre.

(Fr. Luis de León.—Nombres de Cristo.)

Pensamientos nuevos.

Muere de sed el que arde en llamas de las codicias de la tierra.

(Sta. Teresa de Jesús.—Móradas.)

Antes que aquesta miés inútil siegue
 De la severa muerte dura mano,
 Y á la común materia se la entregue!

(Fernández Andrada.—Epíst. moral.)

Vemos que vibran victoriosas palmas
 Manos inicuas, la virtud gimiendo
 Del triunfo en el injusto regocijo.....
 Esto decia yo, cuando riendo
 Celestial ninfa apareció, y me dijo:
 ¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?

(Bartolomé Leonardo de Argensola.—Soneto.)

Ese matiz que al cielo desafía
 Iris listado de oro, nieve y grana,
 Será escarmiento de la vida humana
 ¡Tanto se aprende en término de un día!
 A florecer las rosas madrugaron,
 Y para enrojecerse florecieron,
 Cuna y sepulcro en un botón hallaron.

(P. Calderón de la Barca.—Soneto.)

Moribundo

Yace el Criador; más la maldad aterra,
 Y un grito de furor lanza el profundo
 Muere..... gemid humanos;
 Todos en él pusisteis vuestras manos.

(Alberto Lista.—A la muerte de Jesús.)

¡Sustentad ya mi fé!.... Qué yo la mire
 Romper en las conciencias
 De la duda los bárbaros altares,
 Y asentar en fortisimos pilares
 La santa catedral de las creencias.

(B. López García.—El día de difuntos.)

Nacida entre el tumulto y el fracaso
 De una lucha titánica y suprema,
 Esa generación que hácia su ocaso
 Dirige el triste y vacilante paso,



Es el himno triunfal de aquel poema,
 Arrojada y resuelta cual ninguna,
 Como engendada en tan heróico empeño,
 Templóla en sus rigores la fortuna,
 La ronca tempestad meció su cuna
 Y el eco del cañón la arrulló el sueño.

(Gaspar Núñez de Arce.—A la muerte de D. Antonio de los Ríos y Rosas.)

Cualidades morales del pensamiento.

Pensamientos enérgicos y vehementes.

¿Son éstos por ventura los famosos,
 Los fuertes, los beligeros varones
 Que conturbaron con furor la tierra,
 Que sacudieron reinos poderosos,
 Que domaron las hórridas naciones,
 Que pusieron desierto en cruda guerra
 Cuanto el mar rudo encierra,
 Y soberbias ciudades destruyeron?
 ¿Dó el corazón seguro y la osadía?
 ¿Cómo así se acabaron y perdieron
 Tanto heróico valor en solo un día;
 Y léjos de su pátria derribados,
 No fueron justamente sepultados?

(Fernando de Herrera.—Por la pérdida del rey D. Sebastian.)

Mirad que si anteponéis ahora vuestro reposo particular á la salud común, la cual en gran parte depende del valor y esfuerzo de Numancia, no seais en algún tiempo forzados á quejaros por demás ¡ojalá yo me engañe! de haber perdido y

desamparado lo uno y lo otro. Afuera pues, toda tardanza y cobardía; en tanto que hay tiempo y que las cosas están en términos que se pueden remediar, volved vuestros ánimos y pensamientos á procurar la salud de la patria.

(P. Juan de Mariana.—Historia de España.)

GARCIA. Padre.....

D. BELTRÁN. No me llames padre,
Vil, enemigo me llama;
Que no tiene sangre mía
Quien no se parece en nada.

(Juan R. de Alarcón.—La verdad sospechosa.)

.....todo, señores, os grita, todo clama, todo exige de vosotros la sangre impía de estos alevosos. Fulminad sobre sus culpables cabezas en nombre de la ley la solemne pena por ella establecida y paguen con sus vidas, paguen al instante, la vida que arrancarón con inaudita atrocidad.

(Juan Meléndez Valdés.—Acusación fiscal.)

EL CID. Presiento dificultades
E imprudencias de D. Sancho,
Que cree sin duda muy ancho
Que así se asaltan ciudades
Como Zamora en un día:
Y yo le he dicho en su cara
Que nadie en Zamora entrara
Si Zamora fuera mía.

JIMENA. Pues ¿á qué vas?

EL CID. A probar
Que plaza que á mi ninguno
Me tomaría, no hay uno
Que á mí me impida tomar.

(J. Zorrilla.—La leyenda del Cid.)

»

¿No os dá rubor? El don de la alabanza,
 La hermosa luz de la brillante gloria
 Serán tal vez del nombre á quien daría
 Eterno oprobio ó maldición la historia?
 ¡Oh! Despertad: el humillado acento
 Con majestad no usada
 Suba á las nubes penetrando el viento;
 Y si quereis que el universo os crea
 Dignos del lauro en que ceñís la freute,
 Que vuestro canto enérgico y valiente
 Digno también del universo sea.

(Manuel José Quintana.—Oda á la invención de la imprenta.)

Señor, ó morir ó padecer; no os pido otra cosa
 para mí; dáme consuelo oír el reloj, porque me
 parece me llevo un poquito más para ver á Dios
 de que veo ser pasada aquella hora de la vida.

(Sta. Teresa de Jesus.—Vida.

¡Oh poderoso Señor! Secádoose ha mi espíritu
 porque se olvida de apacentarse en tí. No te co-
 nocía yo, Señor mio, porque todavía quería saber
 y gustar cosas. ¿Quién se podrá librar de los mo-
 dos y términos bajos, si no le levantas tú á ti en
 pureza de amor, Dios mio?

(S. Juan de la Cruz —Avisos y sentencias espirituales.)

«¿A dó volveis sin orden y sin tiento,
 Que los pasos tenemos impedidos?
 ¿Con cuánto deshonor y abatimiento
 Serémos de los nuestros acogidos?
 La vida y honra está en el vencimiento;
 La muerte y la deshonor en ser vencidos:
 Mirad esto y vereis, huyendo, cierta
 Vuestra deshonor, y más la vida incierta »

(Alonso de Ercilla.—La Aramama.)

Pues no puedo seguirte ¡ay Fili mía!
 Siempre te seguirá mi pensamiento;
 Morir quiero mil veces cada día
 Antes que no vivir sin ti en tormento;
 Pues cuando de tu amor tuve osadía,
 Tan cierto y breve vi mi perdimiento,
 Que me dijeron luego allí mis hados:
 Llorad sin descansar, ojos cansados.

(Francisco de Figueroa. (El Divino.)—Estancias.)

DOCTOR. Dios es luz, Dios es luz!

AURORA. Amor y luz!

GONZALO. Si, alma mía

AURORA. La luz!

TODOS. ¡Oh!

AURORA. De Dios la espero.

Yo quiero verle, yo quiero

Amarle más todavía.

(Narciso Serra.—Luz y sombra.)

Análisis literario de las figuras de pensamiento.

I.

FIGURAS PINTORESCAS

DESCRIPCIÓN.

..... entraron y su guía les mandó esperar en un pequeño patio ladrillado que de puro limpio y aljofilado parecía que vertía carmin de lo más fino; al un lado estaba un banco de tres pies, y al otro un cántaro desbocado con un jarrillo encima, no ménos falto que el cántaro; á otra parte estaba una artesa de enea y en el medio un tiesto que en Sevilla llaman maceta de albahaca.

(M. de Cervantes. — Rinconete y Cortadillo.)

En una anchurosa cuadra
Del alcazar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos,
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlonés de oro y flecos;
Ante un sillón de respaldo,

Que entre bordado arabesco
 Los timbres de España ostenta
 Y el águila del imperio,
 De pié estaba Carlos quinto,
 Que de España era el primero.....

(Duque de Rivas.—Un castellano leal.)

En aquel punto se hallaba el pueblo de Villamar, situado junto á un rio tan caudaloso y turbulento en invierno, como pobre y estadizo en verano. Los alrededores bien cultivados, presentaban de léjos el aspecto de un tablero de damas, en cuyos cuadros variaba de mil modos el color verde; aquí, el amarillento de la vid aun cubierta de follaje; allí, el verde ceniciento de un olivar, ó el verde esmeralda del trigo, que habian hecho brotar las lluvias de otoño; ó el verde sombrío de las ligueras; y todo esto dividido por el verde azulado de las pitas de los vallados. Por la boca del rio cruzaban algunas lanchas pescadoras; del lado del convento, en una elevación, se alzaba una capilla; delante, una grán cruz, apoyada en una base piramidal de mampostería blanqueada; detrás habia un recinto cubierto de cruces pintadas de negro. Este era el Campo Santo.

(Fernán Caballero.—La Gaviota.)

Al pié de dos montañas colosales,
 Un rio transparente
 Remueve sus cristales,
 Y entre riscos y juncos y zarzales
 Con estrépito lanza su corriente.
 Cercado de perpétua primavera
 Regala su frescura
 Bañando la pradera,

Retratando á su paso por doquiera
 Palmas y cielos en su linfa pura.
 Crece la flor en su escarpada orilla.
 Luciendo sus colores,
 En tanto que sencilla
 Canta infeliz la tímida avecilla
 Querellando sus rústicos amores.
 Allí el pastor respira los aromas
 De lirios y alelies;
 Y al par de las palomas,
 Baján de tarde las cercanas lomas
 A mitigar su sed los jabalies;
 Interrumpe su curso de repente,
 Cortada en dura peña
 Hondísima pendiente,
 Y convertido desde allí en torrente
 Sobre un lecho de rocas se despeña.

(Jose Peón Contreras, mejicano.—El salto de Barrio-nuevo.)

Prosopografía.

Solo el caballo les dará renombre
 Y gloria en la presente y venidera
 Edad, pasando del dibujo esquivo
 A descabrirnos cuanto muestra el vivo.
 Que parezca en el aire y movimiento
 La generosa raza dó ha venido,
 Salga con altivez y atrevimiento
 Vivo en la vista, en la cerviz erguido;
 Estribe firme el brazo en duro asiento
 Con el pie resonante y atrevido,
 Animoso, insolente, libre, ufano,
 Sin temer al horror de estruendo vano;
 Briosos el alto cuello y enarcado,
 Con la cabeza descarnada y viva;

Llenas las cuencas, ancho y dilatado
 El bello espacio de la frente altiva;
 Breve el vientre rollizo, no pesado,
 Ni caído de lados, y que aviva
 Los ojos eminentes; las orejas
 Altas sin derramarlas, y parejas.
 Bulla hinchado el fervoroso pecho
 Con los músculos fuertes y carnosos;
 Hondo el canal dividirá derecho
 Los gruesos cuartos limpios y hermosos;
 Llena el anca y crecida, largo el trecho
 De la cola, y cabellos desdeñosos,
 Ancho el hueso del brazo y descarnado.
 El casco negro, liso y acopado.

(Pablo de Géspedes.—Poema de la pintura.)

Retrato del Rey Fernando el Católico.—Era de mediana estatura. Robusto y bien trabado de miembros y de alta cerviz. El rostro con decencia colorado, pero adusto. La cabeza calva, y en la parte que no lo era criaba largo cabello. La barba traía rasa. Era la boca pequeña, los labios de vivo carmesí, y los dientes menudos. La voz suave y fácil para cualquiera plática.

(Bartolomé Leonardo de Argensola.—Anales de Aragón.)

Suspenso el concurso entero
 Entre dudas se embaraza,
 Cuando en un potro ligero
 Vieron entrar por la plaza
 Un bizarro caballero;
 Sonrosado, albo color,
 Bello labio, juveniles
 Alientos, inquieto ardor,
 En el florido verdor